

## Los archivos



Sidi-Abdallah-ben-Mabrouk, sultán del Kurdistán, sufría horriblemente de la gota.

Una noche en que sus dolores no le dejaban dormir, se le ocurrió hacerse leer los Anales del reino, desde los tiempos de Asuero. El efecto no se hizo esperar: pajes y oficiales cedieron pronto á una somnolencia invencible. En las puertas de la alcoba los guardias dormían de pie apoyados en sus lanzas. El sultán mismo empezaba ya á sentir que se le cerraban los párpados, cuando un párrafo llamó vivamente su atención.

Decía el libro que en la sexta luna del año 1207, el monarca reinante, milagrosamente curado de la gota por el santo morabito Hadi-el-Kébir, había hecho depositar en los archivos, para ser precisamente conservada, la fórmula original de aquel tratamiento maravilloso.

A los primeros albores del día siguiente, el sultán llamó á su gran visir el fiel Ali-bou-Bekr y le dió por escrito la orden de ir en persona á buscar el venerable documento.

—Despáchate pronto—le dijo con una mueca horrible provocada por el dolor—y, sobre todo, no vuelvas con las manos vacías, pues va en ello mi vida, y, por consiguiente, la tuya.

El primer ministro se inclinó respetuosamente, sin pronunciar una palabra, y se dirigió á los archivos que se hallaban instalados en un castillo completamente inaccesible.

Gracias al santo y seña, Ali-bou-Bekr se hizo reconocer de los centinelas, se bajó el puente levadizo y se abrieron ante él tres puertas de hierro. Tras de la última le esperaba el archivero jefe, quien, al conocer el objeto de la visita ministerial, se manifestó muy sorprendido.

—Su Excelencia se servirá dispensarme—dijo—pero desde hace veintitrés años que ejerzo mis funciones, esta es la primera

vez que recibo la orden de entregar un documento confiado á mi custodia. Este hecho inaudito tiene, sin embargo, un precedente. Hace unos cincuenta años, un antepasado de nuestro ilustre soberano reclamó á mi abuelo y predecesor una misiva importante del Comendador de los creyentes; pero por una desgraciada casualidad, no se encontró, y eso fué causa de que mi abuelo recibiera cincuenta garrotazos en las plantas de los pies por orden del gran visir de la época. En cuanto á este último, murió poco después de una sofocación, á la que no fué extraño cierto cordón de seda. A consecuencia de ese doble accidente, se han hecho imposibles los errores funestos, gracias á rigurosas medidas, á las que espero se someterá gustoso Vuestra Excelencia, pues son sin excepción.

Al decir esto, el archivero sacó del bolsillo un pañuelo con el que vendió los ojos del gran visir, le hizo dar luego siete vueltas sobre sí mismo, y tomándole por una mano le guió á través de un laberinto de tortuosas escaleras y corredores hasta llegar á una sólida puerta cerrada con varios cerrojos, que se abrió con mucho ruido y se cerró tras ellos.

Allí pudo quitarse la venda el ministro y miró á su alrededor. Estaba en la oficina de *Entradas*, á donde eran llevados en sacos cerrados con plomos, los voluminosos correos enviados diariamente por las grandes administraciones del Estado.

Debidamente verificada la autenticidad de su orden, el primer ministro se ajustó sobre la nariz sus grandes lentes de oro, pidió el *Indice General* y constató que la receta del morabito se hallaba inscrita en su fecha, con el núm. 42.779.068. Compulsados los libros auxiliares, revelaron que había sido clasificada en el legajo 65 de la carpeta 219 del estante 4 del 56.º armario de la sección designada por la letra *Dje*, 14.ª del alfabeto kurdo.

Se hizo una ficha con todas esas indicaciones, la que, después de visada por el inspector de servicio, fué pasada al controlador principal, quien, por último, expidió la orden de salida del documento en cuestión.

El gran visir y el archivero, seguidos de los principales funcionarios y de varios empleados subalternos, penetraron en los archivos, propiamente dichos, inmenso subterráneo en el que formando largas calles se hallaban enormes armarios blindados.

El cortejo se detuvo ante el número 56 de la avenida *Dje*. Tres chambelanes llaveros abrieron cada uno una de las cerraduras del armario de hierro. Sobre el estante 4, el inspector de servicio tomó el

